

## NERUDA EN EL EXILIO

José Miguel Varas

*El destierro es redondo:  
un círculo, un anillo:  
le dan vuella tus pies, cruzas la tierra,  
no es tu tierra,  
te despierta la luz, y no es tu luz,  
la noche llega: faltan tus estrellas,  
hallas hermanos: pero no es tu sangre.*

Me dispongo a escribir sobre el exilio de Neruda, mezclando, como en otras ocasiones, documentos y testimonios propios y ajenos. Y casi en el mismo momento, acude una imagen que estaba, al parecer, más abajo que otras, más hundida, más oculta, pero no menos nítida: Neruda bebiendo vino *rosé* directamente de la botella y haciendo morisquetas.

La escena ocurría en Chile. Más precisamente, en un vehículo motorizado que avanzaba desde Santiago hacia Isla Negra. ¿Qué tiene que ver este recuerdo con el exilio del poeta? ¡Vaya uno a saber!

No puedo precisar la fecha. Presumo que aquello sucedía en 1963. Un sábado. Hace treinta años. ¡Caramba!

Íbamos en un auto espacioso, una especie de furgón, de Manuel Solimano por supuesto, quien llevaba el volante. Pablo iba sentado junto a él. Había dos o tres pasajeros más, pero entre ellos sólo recuerdo a Meche Solimano, esposa de Manuel.

El vehículo, una especie de furgón conducido por Manuel Solimano, por supuesto, llegó puntualmente, a las once de la mañana. Yo esperaba en la esquina de Alameda con San Antonio, premunido de una larga botella de vino, de la especie “cogote de yegua”, recién comprada. Al verme, Pablo lanzó un ¡bravo! y aplaudió. Supongo que aplaudía la botella. Mientras yo ocupaba mi lugar, planteó de inmediato la necesidad de comprar algo más para el camino, un condumio para acompañar el vino. Después de una breve deliberación, se decidió que el más adecuado sería jamón con pan amasado. Se compró el jamón en el “Mercado Americano” y se acordó que el pan sería adquirido en una determinada panadería situada en el trayecto, que Solimano recomendaba.

Todo se cumplió con exactitud. Nos pusimos en marcha rumbo a Isla Negra. Mucho antes de llegar a Melipilla, masticábamos grandes sánquiches y la botella –vino *rosé* de Concha y Toro– circulaba de boca en boca.

“Siempre me he preguntado en qué momento y con qué acompañamiento se bebe el vino *rosé*...”, dijo Neruda, con los ojos entrecerrados. “Los franceses lo tienen por poco serio. Lo miran en menos. En cambio, los italianos lo miran en más. Lo beben en verano, *molto freddo*, con el *antipasto*. ¿O tal vez con la *pasta asciutta*?”.  
/

Solimano emitió una opinión que se supuso docta, pero resultó poco audible debido a la laboriosa deglución del pan con el jamón y a que no apartaba los ojos de la carretera. Le correspondió el turno de beber a Meche, pero ella declinó el ofrecimiento con inesperada firmeza. No quiso ni tocar la botella.

“¿Qué te pasa?”, le preguntó Pablo, sorprendido, “¿acaso no te gusta este vino?”.

“Me gusta”, dijo ella severamente, “pero no ensopado en migas con saliva”.

Observé que, en efecto, a cada trago aumentaban las migas que flotaban en el vino, dentro de la botella.

Neruda habló de las ventajas que, en tal sentido, ofrece la bota española, cuyo pezón no se toca con los labios. El chorro va directamente a la boca desde cierta distancia.

“Eso sí, en mi caso, va directamente al ojo izquierdo y, al corregir la puntería, al nudo de la corbata”.

Agregó que la bota es una especie de ubre de vaca o de cabra, peluda y áspera, pero deseable. “Ahora bien, ante una ubre, ¿cuál es el anhelo supremo del ternero? Mamar. Prenderse de la teta con los labios... Y eso, justamente, es lo que la bota nos niega. Preferible es la botella directa. Aunque, por otra parte, Delia tiene razón... ¿Qué hacer?”.

Estaba con cuerda. Se lanzó después a una divagación lírica sobre las cualidades del *rosé*, vino ligero, *sportivo*, primaveral, algo irresponsable, frutal, femenino, juvenil. Terminó por proclamarlo “el vino perfecto para beber a boca de jarro cuando se viaja en auto hacia Isla Negra”.

Todos estuvimos de acuerdo. Meche, con los labios fruncidos, prefería mirar por la ventanilla hacia afuera.

A continuación, desarrolló el poeta un monólogo sobre la extremada seriedad con que los franceses emiten opiniones sobre el vino, sintiéndose cada uno de ellos un experto. Lo habitual es encontrarle defectos. Comenzó a imitar a los tonos engolados, los sonidos labiales, linguales y palatales y las definiciones de los supuestos catadores y a poner unas caras tan cómicas que Solimano, con prudencia, optó por detener el auto a un costado del camino porque la risa le impedía concentrarse.

Chasquidos húmedos, *Oui, en effet, pas mauvais... mais c'est un peu gomeux...* (Sí, en efecto, no es malo, pero es un poco gomoso). Y estiraba los labios como un elástico. *Pas mal, pas mal, mais un peu sucré...* (Un poco azucarado). Y fruncía la nariz. *C'est du vin fruiteux* (Frutoso). Un desprecio *C'est un peu résineux* (Un poco resinoso). Gran gesto de asco.

Reanudamos la marcha, sin dejar de reír. Una vez más, reinaba ese clima de perfecta alegría que brotaba siempre cuando estaba junto a sus amigos.

Neruda atravesó la Cordillera a caballo y abandonó el territorio de Chile el 24 de febrero de 1949. Así comenzó su exilio de tres años y medio. Regresó al país por barco desde Cannes hasta Montevideo y, luego, desde allí por avión a Santiago el 12 de agosto de 1952.

Muchos, en aquel tiempo estudiantes, seguíamos día a día aquel exilio poético y político. A intervalos llegaban noticias y mensajes del viajero. El poema a la

muerte de Ricardo Fonseca. Luego *El Canto General*, cuya primera edición clandestina apareció en Santiago en 1950. Los poemas patrióticos de *Dulce Patria* en una edición de gran formato lanzada por la Editorial Del Pacífico. El “Cuando de Chile”.

El escritor costarricense Joaquín Gutiérrez, quien trabajaba en aquel tiempo en la Librería Nascimento, era una fuente informativa de primera mano sobre el exilio de Neruda. Sus noticias no excluían el chisme ni la picaresca, que acompañan a todos los exilios.

La fuente de Gutiérrez era el pintor José Venturelli, quien se encontraba en esos años en Europa, con Delia Baraona, su esposa y su hija Paz, nacida en Berlín, en el curso de un festival mundial de la juventud. Venturelli escribía unas cartas estupendas, llenas de humor. (¿Podrán recuperarse, a lo menos en parte? Sería necesario publicarlas). Según el pintor, su hijita recién nacida, muy blanca, muy flaca y provista de abundantes cabellos negros en la cabeza y las extremidades y de un vello oscuro en otras zonas del cuerpo, aterrorizaba a quienes la veían en la resplandeciente maternidad de Berlín, en medio de una hilera de guaguas gordas y rosadas como chanchitos, que en sus cabezas tenían apenas una pelusa rubia casi blanca, casi invisible. Los amigos chilenos, según su versión, lo consolaban diciéndole: “No te preocupes, el pelo de las ñinitas seguro que se le cae”.

Joaquín Gutiérrez, otro cultor entusiasta del género epistolar, respondía de inmediato las cartas de Venturelli. Como eran los tiempos de González Videla –decíamos “la dictadura de González Videla”, pero, en comparación con la otra, hoy nos parece más bien blanda– se recomendaba usar en la correspondencia alguna clave, para evitar la acción de la policía. Esto llevaba a la más enrevesadas alusiones y distorsiones. El resultado era que el destinatario frecuentemente no entendía nada o lo entendía al revés. Además era un juego.

Interesado en saber de Neruda, Joaquín le pregunta a Venturelli, en una carta: “¿Y has sabido últimamente de aquel poeta mexicano, *Nervo Peluda*?”. El pintor responde a vuelta de correo: “En cuanto a la *Señora Peluda*, he sabido que se encuentra en Italia, pero piensa partir pronto para París como el pobre pintor portugués”. En la carta siguiente, Gutiérrez escribe: “No dejes de informarme de las andanzas de *Madame Pelu*”. Venturelli, a su turno, habla de *Doña Lupe*.

No sé si fue Venturelli o Gutiérrez quien aplicó al poeta el nombre del monstruo marino de la *Biblia*: “Leviatán”. Pero, en algún momento que no puedo precisar, comenzó a ser designado como “El Narval”, un habitante del mar menos terrorífico, pero también imponente. Es una vieja técnica chilena –tal vez de origen mapuche– para la aplicación de sobrenombres. Se aplica al afectado aquello que menciona con frecuencia. Si un hombre habla todo el tiempo de caballos, pasa a ser “El Caballo”. Como Neruda estaba obsesionado con el narval: pasó a ser “El Narval”.

Ahora bien, ¿qué es el narval? Examinemos la ficha correspondiente.

NARVAL O NARWHAL (alem., ingl.). Nombre científico; *monodon monoceros*. Conocido desde antiguo como unicornio marino. Cetáceo monodóntido de cabeza grande, boca pequeña, cuerpo robusto, liso, con dos aletas pectorales

y cola ahorquillada. Llega a alcanzar hasta siete metros de longitud. Habita en los mares fríos del norte. Piel manchada como la de un leopardo, que los nativos de Groenlandia utilizan para su abrigo. Se alimenta de calamares, jibias, cangrejos y pececillos. Posee sólo dos dientes incisivos superiores. Su rasgo más característico es la desmesurada prolongación de uno de estos dos dientes, que alcanza más de tres metros en los machos. Esta proa, de fino marfil, se desarrolla en espiral, como un tirabuzón o, si se prefiere, como una columna salomónica, y termina en punta. El hallazgo ocasional, en las costas nórdicas, de cuernos de narval, parece haber originado la leyenda del unicornio.

Fin de la ficha.

Se comprenderá la fascinación que el narval produjo en Neruda. Él mismo lo relató en un artículo precioso, titulado "Oceanografía dispersa", que se publicó en la revista *Vistazo*, dirigida entonces por Luis Enrique Délano, el 21 de septiembre de 1952:

"De ser tan desconocido para mis amigos el gigantesco unicornio marino de los mares del norte, llegué a sentirme exclusivo correo de los narvales y a creermelo narval yo mismo (...). De su nombre -narwhal o narval- puedo decir que es el más hermoso de los nombres submarinos, nombre de la copa marina que canta, nombre de espolón de cristal. Y por qué entonces nadie sabe su nombre? Por qué no existen los Narval, la bella casa Narval, y aun Narval Ramírez o Narvala Carvajal?"

En Dinamarca encontró en una tienda de historia natural, arrinconados, tres o cuatro cuernos de narval. Los más grandes medían casi cinco metros, afirma. Él sólo pudo comprar uno pequeño, de narval recién nacido, "de los que salen a explorar con su espolón inocente las frías aguas árticas". Aunque Neruda no era supersticioso, estaba encantado, además, porque la leyenda quiere que su poseedor esté destinado a los mayores triunfos y a las más altas felicidades posibles en la existencia. Guardó, pues, el cuerno recién adquirido con exquisito cuidado.

Pero lo perdió. Se le quedó, al parecer, en un tren suizo, en el que viajaba con Matilde. Eran los comienzos de sus amores. La distracción resulta explicable, dadas las circunstancias.

"Se puso como un loco", me cuenta Inés Figueroa, cuyo testimonio del exilio de Neruda es directo e invaluable. "Temblaba de desesperación. Me exigió en todos los tonos que buscara donde Bouvier o en algún otro de los libreros-anticuarios de París un nuevo cuerno de narval. Desde Praga enviaba cartas apremiantes y angustiadas. No se tranquilizó hasta que lo tuvo, por fin, en sus manos, algún tiempo después, aunque era algo más pequeño y menos perfecto que el perdido".

De todos modos impresiona a quienes lo ven hoy en la casa de Isla Negra.

Ya a propósito: una tarde de sobremesa lánguida, en los años sesenta, después de un gran almuerzo con buen vino, se encontraban Pablo, Matilde, Acario Cotapos, Inés Figueroa y alguien más, en la gran sala de estar de Isla Negra, rodeados de los mascarones de proa, los barcos en botellas, los instrumentos de navegación y demás maravillas traídas por el poeta de sus viajes. En esto, avisan que se aproxima

peligrosamente un curso completo de un colegio de niñas, con su respectiva profesora. Vienen a visitar la casa.

Pablo estaba advertido de esta visita, pero la había olvidado. Sacudió su modorra, sacudió a Acario, adormilado, y le dijo, en tono imperativo: "Acario, atiéndelas tú. Tú les muestras la casa". El músico asintió.

"Lo que más les gusta a los niños es saber la historia de los objetos", agregó Neruda mientras se alejaba a toda marcha hacia su dormitorio, junto con Matilde.

Inés y los otros invitados se instalaron en el comedor vecino, con la puerta abierta, porque sospecharon que el encuentro de Acario con las educandas sería memorable. A Pablo y Matilde también se les había espantado el sueño y escuchaban desde su alcoba, situada entonces en la torre circular del segundo piso.

Cotapos ignoraba el origen de cada uno de los mascarones, cuadros y demás objetos acumulados allí, pero eso no era "óbice", como le gustaba decir a Pablo, quien afirmaba que ésa era la palabra favorita de su padre. Comenzó a relatar, con rostro severo y ojos de alucinado, las historias más inverosímiles, que iba inventando al vuelo, en torno a cada cosa. Como todo músico que se respete, Acario era tardo de oído. Hablaba fuerte, con voz recia y bien timbrada y su discurso se escuchaba con nitidez en toda la casa. Neruda y Matilde, arriba, se retorcián de risa silenciosa. Algo semejante les sucedía, abajo, a los otros invitados.

La profesora estaba deslumbrada por las prodigiosas fábulas de Acario y a cada momento decía: "¡Esto es muy interesante! ¡Anoten, niñas!". Las niñas anotaban dócilmente, en sus cuadernos.

Hasta que llegaron ante el cuerno del narval, en su caja de cristal. "¡Qué curioso!", dijo la profesora, "¿y qué es este extraño hueso o columna de marfil?".

Acario, ya un poco cansado, respondió imperturbable: "Es la canilla de Puga Borne".

Las niñas anotaron en sus cuadernos.

Aquí abro un paréntesis, y extraigo una ficha, que contiene datos tomados del *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile* de Virgilio Figueroa:

PUGA BORNE, FEDERICO (1855-1935) Médico e investigador científico. Ministro de Justicia e Instrucción cuatro veces, de Relaciones Exteriores, otras cuatro y de Interior una vez entre los años 1888 y 1920. Jefe del servicio sanitario del ejército durante la Guerra del Pacífico. Fundador del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Se tituló de médico cirujano en 1878 con una memoria sobre la *Calystenia Rosea*, planta medicinal indígena.

Fin de la ficha.

A una de las niñas, aquello de la canilla le pareció dudoso.

"¿Cómo puede ser una canilla?", dijo, mientras observaba atentamente el cuerno del narval, "¿dónde está la articulación del tobillo?".

Evidentemente, esa muchacha tenía un futuro en las ciencias naturales.

La historia no registra la respuesta de Acario. Tal vez guardó un silencio despectivo. Pero la profesora, que no podía admitir ni la más mínima sospecha sobre la infalibilidad del sabio informante, respondió: "No es la canilla del señor Puga Borne. Se llama así porque él fue quien la encontró".

Más de alguien se preguntará de dónde sacaba el desterrado Neruda el dinero para viajar y comprar cuernos de narval, libros en maravillosas primeras ediciones, cristales y caracolas, entre otras cosas. Intentaré una respuesta.

Cuando el poeta inició su exilio, viajó primero a México, donde entregó a una editorial los originales de *El Canto General*. Poco después se trasladó a París para tomar parte en la memorable asamblea de la sala Pleyel, que congregó a grandes figuras de la ciencia, la literatura y el arte en defensa de la paz. Allí se encontró con Frédéric Joliot-Curie, uno de los padres de la moderna ciencia nuclear, con Picasso, Aragon, Paul Eluard, Iliá Ehrenburg y muchos más. Fue el comienzo del movimiento mundial de la paz.

Al año siguiente, participó en el II Congreso Mundial de la Paz. Allí leyó su poema, recién terminado, "Que despierte el leñador", del que forman parte estos versos, que motivaron diversas y erróneas interpretaciones:

*Paz para mi mano derecha  
que sólo quiere escribir rosario*

Esto no indicaba una inquietud religiosa ni era signo de una inminente conversión del poeta, tampoco era la famosa "mano tendida" de los marxistas a la Iglesia Católica, sino una referencia en clave a Matilde Urrutia, Rosario para él. En la misma ocasión, Picasso entregó al movimiento pacifista su celebrada paloma, mil veces reproducida en el mundo entero. En el acto de clausura del Congreso, el 22 de noviembre, se otorgó a ambos el Premio Internacional de la Paz.

La ceremonia final fue agobiadora. Los dos Pablos estaban sentados lado a lado. Se sucedían largos discursos y brindis en ruso, polaco, chino, sueco, francés, búlgaro, rumano, albanés, japonés, etc., con sus correspondientes traducciones a varias lenguas. Se alzaban las copas, pero durante largos minutos nadie podía beber, mientras no se extinguiera el murmullo del último de los traductores. Picasso, ajeno a todo protocolo, acostumbrado a vivir semidesnudo bajo el sol de Vallauris en el sur de Francia, pintando y horneando sus cerámicas, estaba muy inquieto y protestaba entre dientes. Neruda tenía una resistencia mucho mayor, escuchaba con paciencia precolombina y la cabeza inclinada hacia su intérprete, las sucesivas versiones de aquellos brindis.

En voz bastante alta, Picasso comenzó a preguntar:

"¿Y los duros? ¿Cuándo entregan los duros?"

Neruda comenzó a temblar de contenida risa abdominal.

Al parecer, según los antecedentes que he podido reunir, los "duros" no fueron entregados finalmente en Varsovia, sino algún tiempo después, en París. Un testigo presencial me describió el acto público del movimiento de partidarios de la paz donde se efectuó la entrega oficial del premio a Picasso. Habían llegado al gran recinto (¿tal vez el Velódromo de Invierno?) numerosas delegaciones sindicales, femeninas, de profesores, de organizaciones juveniles, además del *tout Paris* intelectual. Se amontonaban en el escenario los ramos de flores y múltiples regalos para el pintor. El que más le gustó fue un casco de minero, con lámpara,

que le llevó una delegación de mineros del carbón. Procedió a encasquetárselo y estuvo así todo el resto de la velada, con sus ojos de antracita un poco desorbitados, como de loco, mirando por debajo del casco.

En un momento determinado, luego del discurso de rigor, el representante del Consejo Mundial de la Paz extrajo de un gran sobre un diploma. En el mismo instante, se desprendió un rectángulo de papel de color verdoso y con breve revoloteo, cayó al suelo.

Picasso lo recogió con un salto de tigre mientras exclamaba: “Merde! *Le chèque!*”.

El Premio Internacional de la Paz, aun dividido entre los dos Pablos, significaba, aparte de medalla de oro y diploma de honor, una suma de dinero muy considerable.

Inés Figueroa vio llegar a Neruda, a su casa de París, con un maletín en cuyo interior había un millón de francos en billetes. (Según estimaciones no suficientemente comprobadas, esa cantidad equivalía en aquellos tiempos a unos cien mil dólares... ¡de aquellos tiempos!). El asombro de Inés se transformó en cierto temor, cuando Pablo le dijo que debía hacerse cargo de aquel dinero y administrarlo según sus instrucciones.

Esta conversación transcurría en el *chalet* alto y flaco de la calle Pierre Mille 12, xv *arrondissement*, detrasito de la Puerta de Versalles. Un barrio popular, donde había mercados, ferias con tragafuegos, ventas de cosas viejas y pequeños *bistrós* donde se bebía ante el mesón recubierto de estaño, entre obreros franceses bigotudos vestidos de obreros, con sus anchos blusones de cotelé, sus pantalones arrugados y sus zapatos manchados de pintura. Todo aquello, a Neruda le encantaba. El *chalet* era de tres pisos y tenía un departamento con entrada independiente en cada uno. El primero, con dormitorio y un gran salón, a la vez comedor y cocina, estaba tapizado de un brocato color concho de vino, que sugería relaciones pecaminosas. Pero Delia, “La Hormiga”, conocida en París como “*Madame del Carril*” no prestó atención al decorado. Firmó en seguida el contrato de arriendo con el propietario, M. Mayet-Bedarride, a quien explicó que su marido, “*Monsieur del Carril*”, estaba temporalmente fuera del país.

El departamento del segundo piso era un verdadero estudio de pintor, con altos ventanales y perfecta iluminación. Allí se instalaron Nemesio Antúnez, con Inés Figueroa, su esposa, y Pablo, el hijo de ambos.

“La Hormiga” arrendó también el departamento del tercer piso, al que se ingresaba por una escalera exterior. Lo hizo para evitar que llegara a instalarse allí algún desconocido, por razones de intimidad y también de seguridad. Eran los tiempos de la guerra fría y la policía francesa se interesaba más de lo conveniente en las actividades del poeta y senador comunista Pablo Neruda, reclamado por el gobierno de González Videla.

Inés Figueroa cuenta: “Mi hijo Pablo, que era chiquito e iba cada día al jardín infantil, tenía un *cartable*, una especie de portafolios escolar. Me compré uno igual y en él metí aquella espantosa cantidad de dinero. El *cartable* quedó inflado como una pelota y se cerraba con dificultad. Durante un tiempo tuve toda esa plata en casa y vivía temblando. Después me decidí a ponerla en un banco, aunque me

causaba mucho miedo que llegaran un día inspectores de impuestos o algo así a preguntarme por su origen. Yo tenía pasaporte chileno y un permiso de residencia de estudiante. Vivíamos con Nemo muy modestamente. No tenía cómo justificar aquella enorme cuenta bancaria. Tampoco podía abrirla a nombre de Pablo. Al final no pasó nada y con el tiempo adquirí osadía para manejar aquellos fondos”.

Neruda tenía en aquel tiempo su residencia en Praga. Desde allí viajaba con frecuencia a otros países, principalmente Francia e Italia, donde se reunía con sus amigos escritores y pintores, participaba en asambleas por la paz, recitaba sus poemas y hablaba sobre Chile. Los gobiernos respectivos lo mantenían sometido a estrecha vigilancia y sólo le concedían visas por breves períodos.

A Inés Figueroa le tocó la tarea agobiadora de atender los incesantes encargos de Neruda. “Era tiránico y adorable”, dice. Inés le remitía los catálogos de los libreros y anticuarios de París: Bouvier, Lollíé, Heilbrun, Lépine, Poursin, Matarasso; él exigía a vuelta de correo o por teléfono que ella comprara sin demora *Una estación en el infierno* de Rimbaud, primera edición de Bruselas, o *Las Iluminaciones*, *Los trabajadores del mar* de Victor Hugo, el diccionario de Diderot en 39 volúmenes, *Las flores del mal* de Baudelaire; o una edición del siglo pasado de *Gargantúa y Pantagrúel* de Rabelais. Después las cosas se complicaron aún más: hubo que enviar giros a la Saletta Gonnelli, de Florencia, Italia, por una edición de poemas de Shakespeare de 1630, y a otros libreros italianos por otros hallazgos. Además, dar diferentes sumas de dinero a chilenos en apuros, por ejemplo, el pintor Venturelli o Yolanda Schwartz, o a otras personas, según sus indicaciones, siempre urgentes. Por ejemplo: “Si llega por allí esta niña chilena que viene de México, prima de César Godoy Urrutía, Matilde Urrutía, una persona muy seria, le das diez mil francos”.

Inés Figueroa era una administradora escrupulosa y no dejaba de sufrir al ver la velocidad con que Neruda gastaba sus haberes. Elaboraba unos balances detalladísimos, que encabezaba “Cuentas de Pablo Neruda” y a los que él sólo les daba una mirada distraída, para preguntar en seguida: “¿Pero cuánto queda?”. Inés comenzó, además, a pedir el pago de los derechos de autor de las múltiples ediciones que ya estaban apareciendo de sus poemas en la mayoría de los países de Europa y luego en algunos de Asia. Comenzaron a llegar sumas considerables, que engrosaban la cuenta del banco. “Para Pablo, que tuvo que financiar de su bolsillo las primeras ediciones de sus libros en Chile, aquello era muy sorprendente”, recuerda Inés, “y gastaba entonces o me mandaba gastar con mayor urgencia aún, en incunables, manuscritos, caracolas, antigüedades... y en pasajes, cuentas de hotel y dinero para el bolsillo de numerosos chilenos y chilenas poco solventes que vagaban por Europa –estudiantes, poetas, pintores, músicos o cualquiera otra cosa– buscando el arte, el amor y la revolución”.

En aquellos años, se estrechó la amistad de Pablo con Venturelli que, después del Festival de la Juventud de Berlín se fue quedando y quedando en Europa, junto con su esposa y su hija recién nacida, para viajar más tarde a China. El poeta y el pintor se encontraron en varias ocasiones y, a mi entender, Neruda ejerció en Venturelli una influencia considerable, hasta en su manera de hablar. Por lo

menos, así nos pareció cuando lo vimos en Chile, de regreso de sus primeros viajes, a mediados de los años cincuenta. Ambos compartían posiciones políticas y estéticas; también una gran capacidad para disfrutar de lo que la vida podía deparar cada día. Un día, en su casa de Lo Barnechea, me contó José que con Pablo habían estado proyectando una gran exposición de “Las Cosas que Todos Nombran pero que Nadie ha Visto”. El proyecto apasionaba a Neruda. Pensaba que debía realizarse en uno de aquellos maravillosos pabellones *art nouveau* construidos en la Quinta Normal para el centenario.

—Oye, pero, ¿cuáles son esas cosas que todos nombran, pero que nadie ha visto? —le pregunté.

—Son tantas —respondió Venturelli, algo misterioso. Al final terminó por decirme algunas.

—Bueno, por ejemplo, está “La Gran Siete”.

Risas, claro está. —¿Y qué más?

—La carabina de Ambrosio.

La enumeración prosiguió. Las muestras ya seleccionadas eran, no sé, una docena. Pero por más que estrujo la memoria sólo consigo rescatar “Las Peras a Cuatro”, “El Teatro de Bote en Bote” y “La Mar en Coche”.

Aunque la inclusión de esta última, advirtió José, estaba sujeta a segunda discusión, por tratarse de una expresión española, poco conocida en Chile.

En cada encuentro del pintor con el poeta continuaba el juego en torno a este proyecto, que los dos tomaban muy en serio, desternillándose de risa.

En 1946 Venturelli ilustró el poema de Neruda “Los muertos de la plaza”, escrito a raíz del tiroteo policial de la Plaza Bulnes, donde murió el joven comunista Ramona Parra. Supongo que fue entonces cuando se conocieron. Más tarde, hizo las ilustraciones para la edición chilena del *Canto General*. Luego, el gran cisma del mundo comunista, entre China y la Unión Soviética, apartó a los amigos. Tengo entendido que no hubo entre ambos una ruptura abierta o explícita, pero al parecer se mantuvieron ya para siempre alejados y la Gran Exposición de las Cosas que Todos Nombran, pero que Nadie ha Visto quedó para siempre en el limbo de los proyectos no realizados.

En 1951, cuenta Inés Figueroa, “teníamos la sensación de que Pablo podría regresar pronto a Chile. Ya la represión amainaba. Por eso, la celebración de su cumpleaños, rito anual obligatorio, tuvo en aquel mes de julio, un matiz especial de anticipación de la despedida, una emoción muy particular”.

Dominique, la compañera del poeta Paul Eluard, llegó temprano al *chalet* de la casa Pierre Mille y se dedicó durante largas horas a la preparación de los manjares. Dominaba los misterios de la cocina francesa y, en especial, de la *cuisine mijolée*, basada en la cocción a fuego muy lento de carnes y vegetales, escalonados estratégicamente, de manera que cada uno rinda el máximo de su sabor sin perder su individualidad, pero sin desentonar en medio de la orquesta.

Los invitados franceses, sobre todo Jean Marcenac, traductor y gran amigo de Neruda, el encantador “Jeannot”, con su acento meridional y su risa siempre dispuesta, se ocuparon de los vinos. También Pablo, que se las daba de entendido,

aunque sus opciones enológicas a menudo eran refutadas por eruditos como Aragon, otro de los invitados.

Llegaron además, Elsa Triolet, la mujer de Aragon, la bella Elsa de ojos celestes, nacida en Rusia, hermana de Lily Brick, gran amor de Maiacovski; y estaban, claro, Paul Eluard, Alice Arweihler, también traductora de Neruda, el editor Pierre Sehers, "La Hormiga", Nemesio Antúnez. En total unos veinte.

Agrega mi informante: "Habíamos adornado la mesa al estilo campestre chileno, con flores y ramas verdes. Se comió y se bebió con gran alegría. Pablo sacó de una caja unos maravillosos vasos de cristal de Bohemia, que había comprado en Praga con sus derechos de autor y que eran, declaró, los únicos dignos de semejantes vinos. Aquella noche estaba particularmente inspirado".

Dio la bienvenida al vino *Pelure d'Oignon* (tela de cebolla), uno de sus favoritos, con un gran discurso. Hablaba en francés porque entre los contertulios predominaban los franceses. Hizo que cada cual admirara al trasluz la delicada tonalidad rosa y tornasolada, la transparencia nacarada, iridiscente, de ese vino originario del Béarn, en el sur de Francia. Levantando la copa evocó la silueta de los Pirineos, las laderas relumbrantes de sol, los terrones del campo bearnés, de los que brota un vapor embriagador, celebró la poesía de los viñateros que crearon y bautizaron este gran *rosé* de las tierras del sur.

"Hablaban un francés muy rico y literario, producto de sus enciclopédicas lecturas. Tenía un inmenso vocabulario y un fuerte acento español... o chileno. Los presentes lo escuchábamos con una especie de admiración maravillada. Sólo Aragon manifestó después cierta reserva: no le parecía ortodoxa la combinación de aquel vino con lo que se comía".

Después se puso de pie Paul Eluard para el brindis de despedida. (En realidad, Neruda sólo partiría un año después). Dijo que quería darle, con su corazón, unos recuerdos para que los llevara a Chile. Y le entregó lo que traía: una edición clandestina del siglo pasado, de poesía de Victor Hugo, perseguido en su tiempo por Napoleón III, a quien el poeta dejó marcado para siempre como "Napoleón el Pequeño", y dos cartas en las que Isabelle Rimbaud cuenta a su madre, desde el Hospital de Marsella, la agonía de su hermano, el poeta Arthur Rimbaud.

"Pablo y Paul se abrazaron. Creo que muy rara vez, o nunca, vi a Neruda tan emocionado. A tal extremo, que en un momento no pudo hablar, se llevó una mano a los ojos y estuvo a punto de salir, como para esconder púdicamente su estado de ánimo. Tal vez para llorar solo. Tomaba las dos cartas, escritas en letra muy clara y fina sobre un papel delgado que ya comenzaba a amarillear. Las volvía a dejar sobre la mesa. Las tomaba de nuevo. Por fin, las entregó a Eluard y le pidió que las leyera", dice Inés Figueroa.

Lo escucharon en completo silencio, petrificados, con la sensación de asistir a un hecho único en sus vidas. Eluard leyó hasta el final, con su bella voz, la carta que Isabelle fechó el 22 de septiembre de 1891:

*...llora comparando lo que era un año atrás con lo que es actualmente, llora pensando en el futuro, en el que no podrá ya trabajar, en el presente en que sufre atrocemente: me*

*abraza sollozando y gritando, suplicándome que no lo abandone. No podría decir cuán digno de lástima es. Por eso todos aquí lo compadecen mucho, son tan buenos con nosotros que ni siquiera tenemos tiempo de formular nuestros deseos cuando ya los adivinan. Lo tratan como a un condenado a muerte al cual no se le niega nada; pero todas estas complacencias son perdidas para él, porque jamás acepta las pequeñas golosinas que le ofrecen: lo que él pide es*

Largo silencio. Eluard explicó que así terminaba la carta. Quedaba trunca. Faltaba un fragmento o una página, que nunca se encontraron. Y agregó:

“Está bien así. Eso era Rimbaud. Nunca se sabrá lo que quería”.

El exilio de Neruda llegó a su fin en 1952. En un restaurante de Cannes, frente al Mediterráneo, le ofreció el almuerzo de la despedida definitiva un grupo de amigos, del que formaban parte, Picasso y su compañera de aquel tiempo, Françoise Guillot; Eluard y Dominique; Inés Figueroa, su hermana Carmen y el esposo de ésta, Philip Meyer y el hijo mayor de Picasso, Paul.

El clima de la reunión fue por momentos alegre y melancólico. Hacía calor. Picasso se arrancó la camisa multicolor que llevaba y exhibió su torso musculoso y peludo. Sobre su pecho brillaba, colgada de un cordón negro (de zapatos, probablemente) una cabeza de Minotauro de oro, de unos siete centímetros de largo por cinco de ancho, maciza y pesada, que él mismo había hecho con la técnica de la “cera perdida”. Todos admiraron la joya y de pronto, el pintor se la sacó por encima de la cabeza y procedió a colocársela a Neruda como una condecoración de adiós.

Pablo, el nuestro, se ruborizó y agradeció el principesco regalo. Pero no estaba del mejor talante. Se le notaba nervioso, algo confuso o distraído.

“Pero, entonces, ¿qué pasa? ¿Dónde está Rosario?”, preguntó Eluard.

Se refería a Matilde, para los amigos todavía la “Rosario de la Cerda” de “Los versos del capitán”.

Neruda dijo con vaguedad: “Ella está a bordo”. Se refería al barco en que ambos debían viajar hacia América del Sur, el *Giulio Cesare*.

“Pero, ¿por qué no la trajiste?”, insistió Eluard extrañado.

Pablo farfulló unas palabras ininteligibles.

Eluard y Picasso, que lo conocían bien, se hicieron cargo en seguida de esa especie de “complejo chileno” que lo asaltaba. Solidarizaron con él, lo comprendieron. Pero, a la vez, no dejaba de darles risa su embarazo. Lo veían, con cierta ternura, como un gran adolescente que vive una aventura amorosa en medio de vergüenzas inexplicables. No sabían lo que es el “tonto Morales”.

En cambio, a Philip Meyer, científico francés muy francés, la actitud de Neruda le pareció *tout à fait ridicule*, como dijo con firmeza, aunque en voz baja, “¡Eso es algo del siglo XIX!”.

Neruda tenía además otros motivos de preocupación. Contribuían a aumentar su inquietud, en aquellas vísperas, diversas incógnitas políticas y personales. En Chile lo esperaban González Videla y los temidos “guatones de la PP” (policía política), múltiples y absorbentes tareas, los puritanos compañeros del Partido, y... “La Hormiga”. Por otra parte, algo sabía o intuía de la intención del gobierno

francés, que se iba a confirmar pocas horas más tarde, de prohibirle “para siempre” el ingreso a Francia.

Pero los comensales se esmeraron en crear un clima grato. Las cartas de vinos y de pescados y mariscos originaron profundas reflexiones y debates eruditos. Neruda preguntó, entonces, en tono casi infantil, si podía pedir algo “muy especial”.

—Por supuesto —le dijeron— pide lo que quieras.

Pablo comenzó a demorar la respuesta, con extraña timidez, y los otros, en silencio, se pusieron a imaginar —después lo dijeron— algo particularmente complicado o refinado: pulpo a la manera de Melville, langosta imperial James Joyce, sopa de aletas de tiburón a la Chou Enlai, lenguado a la Giordano Bruno... o quizá qué.

Neruda dijo finalmente: “Yo quisiera, si no es muy difícil... es decir, si es posible, bueno, si no se puede Uds., me lo advierten... Yo querría... una ensalada de berros”.

Se miraron todos atónitos y estallaron en una gran carcajada, que al comienzo desconcertó al poeta. Después la acompañó de buena gana.

Se habló de diversos temas durante el almuerzo. Tal vez de política francesa, chilena y mundial. A propósito del Minotauro que ahora colgaba sobre el pecho de Neruda, éste evocó los espléndidos regalos que recibiera de Paul Eluard el año anterior, en el día de su cumpleaños, y que ahora llevaba a “Chilito”, como le gustaba decir a veces. Y meditó sobre su propia ingratitud, al insistir en el regreso y en alejarse de tantos y tan generosos amigos.

¿Qué hizo con aquellos regalos y con sus enormes compras de libros y manuscritos únicos? Los mascarones de proa y otros mil cachivaches están en la casa de Isla Negra. Los cuatro mil volúmenes de su biblioteca y su colección de caracolas los regaló en 1954, al cumplir cincuenta años, a la Universidad de Chile.

Del Minotauro picassiano nunca más se supo.

*Eres como un fantasma avergonzado  
de no amar más a los que tanto te aman,  
y aún es tan extraño que te fallen,  
las hostiles espinas de tu patria,  
el ronco desamparo de tu pueblo,  
los asuntos amargos que te esperan  
y que te ladrarán desde la puerta.*

*.....  
Así es de injusta el alma sin raíces:  
rechaza la belleza que le ofrecen:  
busca su desdichado territorio  
y sólo allí el martirio o el sosiego*

(Pablo Neruda, “Exilio”, en *Memorial de Isla Negra*)